

Una noche en o muiño,  
una noite non e nada;  
una semanaña enteira,  
esa sí que es muiñada.

Grandes para los reveses,  
luchando tercios y rudos,  
somos los aragoneses,  
gigantes y cabezudos.



Arenal de Sevilla, ¡y olé!  
Torre del Oro  
Donde las sevillanas  
juegan al corro.

A la vora del riu, mare,  
me he detrat les espardeñes  
mare, no li hu diga al pare  
que yo tornaré a per etia.





# NUESTRA PORTADA

En el cuarto aniversario de la Victoria, EL PEQUE honra su primera página con la figura del primer español de nuestro tiempo, nuestro héroe victorioso, Franco, cuya vida ejemplar, religiosidad y amor a la Patria debéis imitar todos, con el fin de que, nuestra España sea Una, Grande y Libre. ¡Arriba España!

# REVIEW OF THE WEEK

## AVENTURA DE PESCA



Mellón salió de pesca, lleno de optimismo. Y, exporto, fué a colocarse en un lugar donde abundaban los peces. Es irresistible, Mellón tiene un ojo y un pulso.



tremendos. Por eso se puso muy contento al ver que pescaba peces tras peces, que echaba tras de sí. Mas éstos formaron una rueda y desaparecieron, a una velocidad prodigiosa, con gran asombro del pescador, que no se explicó la aventura.



En algunos países de Norteamérica hay un pez que sabe que ningún ser vivo puede habitar en él. Tiene una gran profundidad en el cuerpo y sus aguas son tan espesas que no es posible sumergirse en él. A sus orillas no puede vivir ninguna planta.

El mar Muerto debe su nombre a que está tan cargado de sales que ningún ser vivo puede habitar en él. Tiene una gran profundidad en el cuerpo y sus aguas son tan espesas que no es posible sumergirse en él. A sus orillas no puede vivir ninguna planta.

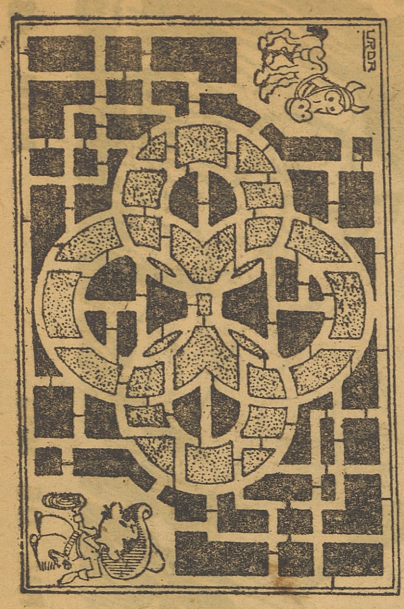
Un cómico llamado Phagon comióse un día, ante el emperador Aurelio, un jabali, un cilo, y se bebió veintidós litros de vino.

En Tenenave (Madagascar) los rayos matan de 300 a 400 personas cada año. Los temporales más terribles desbarjan desde primeros de marzo hasta mediados de abril.

En los ferrocarriles chinos hay siempre un vagón o dos para conducir los cadáveres, pues allí los muertos viajan en gran número.

Las ballenas tienen una fragancia tan estreña, que sólo podrían alimentarse con panchillos del tamaño de las sardinas.

## Curiosidades



# LABERINTO

## Los pájaros de Augusto

Al volver el emperador Augusto de la batalla de Actio fué saludado por un ardeante pájaro, a quien había enseñado a decir: «Yo te saludo, César vencedor». El príncipe, encantado, le compró el pájaro en 6.000 escudos. El ejemplo animó a otros vecinos, y otros tres pájaros parlantes fueron presentados al emperador, que los compró igualmente. Un pobre zapatero se dedicó entonces a enseñar a otro pájaro, pero le costó mucho más trabajo conseguirlo. «¡Nos hemos fastidiado! Trabajo perdido».

## Curiosidades

Al fin, a fuerza de constancia, consiguió que el pájaro aprendiera la salutación, y se presentó a Augusto con su ave parlante, que dijo como las demás: «Yo te saludo, César vencedor». —Basta, basta —dijo éste— no quiero más pájaros aduladores, que ya tengo muchos en mi palacio. Entonces, el pájaro repitió lo que tantas veces había oído: —¡Nos hemos fastidiado! Trabajo perdido. Y tal risa le dió a Augusto que le compró mas caro que los otros.

# LA JIRAFIA BLANCA

(Continúa.)

Algunos cocodrilos dormitaban sobre un banco de arena, calentándose al sol.

—Vámonos a vadearlo —dijo William.

—¿Y los cocodrilos?

—Tal vez no lo advertían. Por otra parte, no tenemos más camino. A derecha e izquierda no hay más que pantanos, concharidos, tal vez, por arenas movedizas.

—Vedemoslo —dijo el doctor.

Estaban para meterse en el agua, cuando vieron emerger, a unos cuarenta pasos, un cuerpo enorme, que saltó placidamente sobre un banco pantanoso y tendido al sol.

Un momento después, remontaba otro a llofe, acompañado de uno pequeño.

Era una familia de hipopótamos. Mientras el macho se adormecía, dejando que las garras pasaran tranquilamente sobre su dorso en busca de parásitos, la hembra se había puesto a jugar con su pequeño.

El joven animal, grueso como un jabali, se acercaba de vez en cuando a su madre para mamar; después se zambullía en el agua y volvía a salir.

La hembra, inmóvil en apariencia, vigilaba atentamente todos sus movimientos, pronta a defenderlo contra cualquiera que fuese, y de vez en cuando le llamaba con cariñosos graznidos.

—He ahí una carne deliciosa —dijo el doctor.

—Nos convenirá mucho —dijo William—, y tendremos por largo tiempo.

—Estúdenlos la manera de enviar al otro mundo a alguno de esos gigantes.

—Obremos con prudencia. Los hipopótamos, cuando tienen un hituelo, se vuelven extremadamente peligrosos. Seguidme.

Condujo al doctor en medio de un mar de espesas palmeras que crecían detrás de una roca, arrojó la carabina y apuntó al hipopótamo adormecido en el banco fangoso. La bala tocó al monstruo cerca de las narices.

Al oír el disparo, la hembra levantó la cabeza, mientras los cocodrilos que dormitaban en medio del río se despertaban.

William volvió a cargar corriendo la carabina e hizo fuego nuevamente, sin dejarse ver.

El hipopótamo se había levantado y estremeciéndose, volvía las miradas para descubrir al enemigo.

Viendo levantarse una ligera nubecilla de humo detrás de la roca, ganó la orilla con rapidez fulminante y se dirigió precipitadamente hacia el macho, mientras el doctor hacia fuego.

El ataque fué tan rápido, que los cazadores no tuvieron tiempo de volver a cargar las armas.

No había que pensar en resistir a aquel coloso. William y el doctor lo comprendieron y apelaron a sus piernas, perseguidos por el feróz animal.

Espantados, los dos hombres corrían con grandísima velocidad. Los bejucos, las raíces, los matatorales y los espinos les impedían, sin embargo, mantener siempre la distancia.

Empezaban ya a flaquear en su carrera, embarranzados entre aquellos matorales de vegetales cuando rodaron ambos al precipicio que bordeaba el bosque.

El hipopótamo, no advirtiendo su desaparición, continuó su carrera, por espacio de quince o veinte pasos, y después, no viendo ya enemigos delante, se detuvo.

Hallábase en el colmo del furor. Murgía, pisoteaba el suelo, destrozaba los bejucos y los céspedes que le rodeaban.

La intul rabia del animal llegó a su apogeo y después se desvaneció como fuego de virutas.

La bestia, herida mortalmente, había agotado sus fuerzas. Los dos alemanes tuvieron el consuelo de verle finalmente caer al suelo, exhalando un ronco mugido.

—¡Hubiera podido morir antes —dijo el doctor, como oración fúnebre.

—De buena hemos escapado —añadió William—. Creía que este animalito nos iba a partir en dos.

—¿Está bien muerto?

—No se mueve ya.

—Entonces podemos recogerlos.

—Cortáremos un pedazo y dejáremos el resto para los chacaleros.

Cargadas las carabinas, los dos alemanes salieron del pantano, horriblemente entangados, y se acercaron al coloso.

—Está muerto —dijo William—. Ha recibido dos balas en los hocicos y una en medio de la espalda.

—¿Qué vamos a hacer de toda esta carne?

—Cortáremos un pedazo y dejáremos el resto para los chacales y las hienas.

—¡Si estuviesen aquí nuestros amigos!

—¿Temo que se hallen muy lejos.

—¿No saldremos ya nunca de este bosque?

—Volviendo y revolviendo, un día u otro encontraremos el carro.

—¡Habéis de darsi —exclamó el doctor, espantado.

—Pensad que una vez permaneci así, extraviado en un bosque, doce días.

—Parece que no os corre mucha prisa encontrar el carro.

William.

—¿Habéis olvidado que se alberga aquí la jirafa blanca? Recordad que vuestro objeto es encontrarla.

—Es verdad, pero preferiría hallarme cerca del carro. Aquí llevamos una vida insegura.

—¿Os faltan herramientas y víveres? —preguntó William.

—Por ahora, no.

—Entonces, ¿os hace falta un blanco coche?

—Podría ser —respondió el doctor—. Ya comprenderéis que dormir al raso y con la expectativa de ser devorados no es muy agradable cosa.

—¡Ah, doctor! —exclamó William, riendo—. ¿Y habéis venido al África?

—Ya no soy joven, amigo.

—Es verdad. Conséjales. Este río nos llevará ciertamente a la llanura.

—Sigamoslo.

—Cortáremos antes un buen trozo de carne de este coloso; nos servirá de comida y de alimento para mañana.

William cogió el cuchillo, y después de no pocos esfuerzos, desprendió un gran pedazo de carne, que pesaba cuatro o cinco kilogramos.

—Ahora, vamos —dijo.

Dirigiéronse hacia el río, y en vista de que los cocodrilos habían desaparecido, lo vadearon por un punto en que el agua sólo tenía un metro de altura.

Llegados a la orilla opuesta, siguieron la corriente, haciendo huir a algunas aves que andaban entre las cañas.

En aquella orilla y el vecino bosque, se veían pocos animales y aún las aves eran muy escasas.

En las tierras de África se observan a menudo estas irregularidades, aun en las zonas más ricas; en ciertos lugares se encuentran con profusión de fieras, gacelas, antílopes, elefantes y muchos valaliles; en otros, en cambio, se buscan en vano un jabalí, un roedor cualquiera, o frutas al caso, para aplacar el hambre del pobre viajero.

Por una parte, la abundancia, tal vez exagerada; por otra, la escasez.

—Este es el motivo por que muchas tribus de negros, aun salvajes, que cultivan poco la tierra y no crían ganados, se ven tan frecuentemente diezmadas por el hambre.

Los dos cazadores anduvieron tres largas horas, teniendo que vadear a menudo pantanos en los que se hundían hasta mitad de la pierna, cuando William se detuvo de pronto.

—¿Qué habéis visto? —le preguntó en voz baja aquel.

—¿Qué habéis visto? —le preguntó en voz baja aquel.

—He visto pacer dos animales.

—¿A qué especie pertenecen?

—Son orígenes.

—¿Representantes de una curiosa variedad de antílopes, macho y hembra, con tan minúscula cerca de cincuenta pasos de distancia del árbol cerca del cual se habían detenido los cazadores.

Hubiera sido una óptima presa si hubiesen carecido de víveres, pero estando ya abundantemente provistos de carne, no tenía para ellos ningún valor. Con todo, William no tenía intención de dejarlos huir.

El origen tiene la alzada de un ciervo y aun mayor, adquiriendo, en su pleno desarrollo, las dimensiones de un asno.

Es pelirosa su cara, porque, cuando se va perseguido, se revuelve contra el adversario, como un perro y lo ataca a corras.

William, que lo sabía, se guardaba bien de dejarse ver.

Mientras se disponía a apuntar, entró en escena otro animal, con el cual sin embargo, convenía no cometer imprudencias, pues pertenecía a la gran especie de leones africanos.

Al comprender, los orígenes se habían unido instintivamente, y después uno de ellos, sobrecogido de súbito pavor, huyó tan aprisa, que ni una jirafa, hubiera podido alcanzarlo.

—Es la hembra, no huve? —preguntó el doctor, maravillado.

—¿Y el macho, no huve? —preguntó el doctor, maravillado.

—Es capaz de hacerle frente al león.

—¿Sucumbirá en la lucha?

—No sé. Lleva unos cuernos, que no quisiera yo probar.

El macho había mirado a su compañera con ojos tristes, y cuando la vio lejos, se volvió hacia el rey de las selvas que le estaba observando hipocritamente, tendido sobre la hierba.

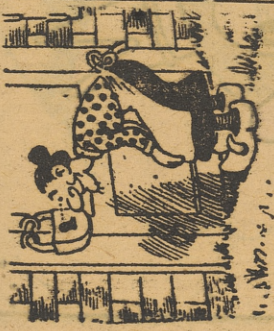
El león rugió amistosamente, para invitar al origen a tenderse

(Continúa.)



# Colaboración INFANTIL

## LA FUERZA DE LA COSTUMBRE



—¡Toma! Han debido dejar la llave en la cerradura, porque no se ve nada.

Entre marido y mujer:  
 El: —¿No hubo ningún imbécil que te hizo el amor antes de tu matrimonio?  
 Ella: —Sí.  
 El: —Pues debiste casarte con él.  
 Ella: —Es lo que hice.

## La mujer del pescador

(Viene de la página centrá)

—¿Qué quiere tu mujer, buen Pedro?  
 —Casi no me atrevo a decirlo—respondió Pedro, dudando.  
 —Habla sin temor, pues a poco que pueda, procuraré complacerte.  
 —Pues quiere... quiere poder mandar a su antojo en el Sol, la Luna y las estrellas.  
 El barbo no pudo ocultar el asombro que las palabras del pescador le produjeron. Pero, dominándose, dijo:  
 —Siento que tu esposa haya sido arrastrada por su ambición al abismo. Mi poder, con ser mucho, no puede igualarse al de Dios, que es el Único en la tierra y en los cielos. Vuelve a tu casa, buen Pedro, y resignate con tu suerte, y Dios te recompensará.  
 El pescador comprendió por estas palabras que una gran desdicha le amenazaba; pero

decidió obedecer al barbo y emprendió el camino de regreso. Cuando llegó al lugar donde estaba el palacio, vio que éste había desaparecido y encontró en cambio su primitiva choza, y en ella a Isabel, vestida de harapos, que, con desesperación los cabelleros desgranados.  
 Pedro se aproximó a ella y trató de consolarla. Pero la ambiciosa mujer le apartó violentamente de su lado, diciendo con desesperación:  
 —¡Quita de aquí, mal marido! ¡Has consentido que volvíamos a nuestra miseria; quitate de ante mí, que no quiero verte!

—No, Isabel, no he sido yo quien te ha arrastrado a tu antigua vida de privaciones—dijo el pescador—. Sólo a tu ambición debes culpar del mal que sufres. Eras poderosa, habías llegado a ocupar el más alto puesto que le es dado obtener a los mortales, y no te conformaste con tu suerte. Has cometido el error

F I N

## 7.º Concurso Infantil

(Conclusión.)

Lista de concursantes que han enviado la solución exacta:

- 184. Leonor Sanjuán, 186.
- 185. Ricardo M. Sancho, 186.
- 186. Joaquín Aguilera, 187.
- 187. José Antonio Peña, 188.
- 188. Carmen Calatayud, 189.
- 189. Manolín Plana, 190.
- 190. Federico Calabuig Balaquer (Aloraya), 192.
- 191. Luis Amat, 192.
- 192. Francisco Montesinos (Grao), 193.
- 193. Lolín Puig, 194.
- 194. Pepita Alborg, 195.
- 195. Carmencita Navarroz, 196.
- 196. Francisco Vera Zanon, 197.
- 197. Francisca Izquierdo, 198.
- 198. Paquito Marl, 199.
- 199. Victoria del Río, 200.
- 200. María Moreno Martínez (Cartagena, Murcia), 202.
- 201. L. Sánchez Bobles, 202.
- 202. María Sánchez-Robies, 203.
- 203. Conchín Capilla, 204.
- 204. Rafael Prades (Benimámet), 205.
- 205. Eduardo Vairo (Bilbao), 206.
- 206. Vicentita Gimeno, 207.
- 207. María Luisa Irazo Piquer (Grao), 208.
- 208. José Sarita Noguera (Grao), 210.
- 210. Gonzalo Vivancos González, 211.
- 211. Vicente Villanueva Gishert, 212.
- 212. Edelmirva Climent Pérez, 213.
- 213. Amparín Gallego López, 214.
- 214. Fulgencia Martínez, 215.
- 215. Manolín Yuste Ríos, 216.
- 216. Rafael Marín Amador (Chao), 217.
- 217. Ramón Pastor Tortosa, 218.
- 218. María Josefa Calabulgo, 219.
- 219. Celestin Vaguero López, 220.
- 220. Conchín Ibañez Esteve, 221.
- 221. Pilarín Rodríguez, 222.

## El jaco de Chaparrito

### Por ROJO



El disparate fue acogido con una carcajada general.

—¿Qué os apostáis—decía Chaparrito a sus amigos—a que mi caballo come con las orejas?



—Vamos a verlo, pues, a la cuadra.



—No te entienda mis amigos, ¿happarrito? ¿Qué quieres decir?

—«Pos», clarito, amigos, ¿tú que alguno de vuestros caballos se quita las orejas para comer?

## CHISTES

Paseando el Peque por el campo se encuentra con un intencionado preguntón que le dice: —Vamos a ver, Peque: Si a tu derecha está el Este y a tu izquierda el Oeste, ¿qué es lo que tienes delante?  
 El Peque, que divisa un asno allí cerca: —¡Un burro!

Antonio Durá Sempere 12 años. Valencia

—¡Hola Pérez! ¿Dónde vas?  
 —¡Hola Gedeón! Voy al buznón.

—¡Con esa baraja! Como me han dicho que mande una carta a mi prima Manuela, voy a echar una.

Francisco Sanchis Revuelta 11 años. Calatayud

Entre amigos:  
 —Oye, ¿qué es que tu mujer habla tanto?  
 —Pues que cuando la vacilaron lo hicieron con una aguja de gramófono.

Manuel Escuder (Valencia). Has enviado tu dibujo con todas las condiciones para que no se publique. ¿No sabes que no se admiten los dibujos en color ni con tinta azul?

María del Carmen Palmer (Valencia). —Eso que me pides no es posible, pequeña. Pero si quieres que yo lea tu novelita y te dé mi opinión, lo haré con mucho gusto.

Palmirín Calvo (Valencia). Si te enfadadas conmigo, no haces bien. Has de pensar que otras amiguitas mías también esperan el turno de sus trabajos. Ya habrás visto que te publicqué una co- stia.

José Casanova (Valencia). Como tus dibujos están hechos con tinta azul, van al cesto.



José Verdguer Miquel, 12 años. Valencia.

## Y UNO DE PROPINA

Un señor que no tenía dinero entró a comer en un hotel. Cuando ya había comido sus cuatro platos, llamó al camarero y le dijo:  
 —Oiga, aquí al que no paga, ¿qué le hacen?  
 Y contesta el camarero:  
 —Pues le dan dos puntapiés y lo echan a la calle.  
 —Pues deme usted a mí tres, y tiene uno de propina.

Rosario Deusa Felicer 9 años. Valencia.

## COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un óptico?  
 —Hacerle gafas a una pulga.  
 Francisco Sanchis Revuelta 11 años. Calatayud

Toma, rico: pan y chocolate.  
 La mamá: —¿Qué se dice, «Peque»?  
 El «Peque»: —Que me ha dado poco.

Eloy Yagüe, 10 años. Valencia

Entre jocos.—Uno: —¿A quién estás escribiendo?  
 Otro: —A mí mismo.  
 Uno: —¿Y qué te dices?  
 Otro: —¡Valiente preguntón! ¿Cómo lo voy a saber hasta que no reciba la carta mañana?

Pepín Piquer Chanzá 11 años. Valencia

Entre niños.—Uno: —Mi papá tiene un reloj que es muy avaro.  
 Otro: —¿Y por qué es avaro?  
 Uno: —Pues porque no da ni las horas.  
 Otro: —¿Y por qué es avaro?  
 Uno: —Mamá, ¿por qué dice Paquito que él irá bajará cuando las ranas creen pelo?

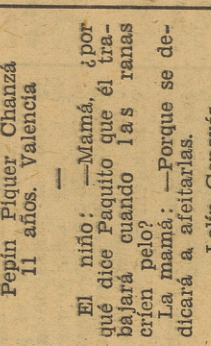
La mamá: —Porque se dedicará a afeitárselas.  
 Lolín Genovés 9 años. Valencia

## UNA BODA

¿En qué se le parece un huevo a unos calcetines?  
 Respuesta: En que son un par.

¿En qué se le parece un horno al hornero?  
 Respuesta: En que los dos tienen boca.

Antonio Durá Sempere 12 años. Valencia



## En el cuartel

EL SOLDADO. — Mi Cabo, yo no cabo en mi garfía.  
 EL CABO.—No se, dice cabo, se dice quepo.  
 EL SOLDADO.—Mi Quepo, yo no quepo en mi garfía.  
 Pepito Yago, 12 años. Valencia.

Palmirín Calvo. Valencia.



EL TAXI MODERNO

Pepito Vanó, 9 años.

EL TAXI MODERNO

Pepito Vanó, 9 años.

EL TAXI MODERNO

EL TAXI MODERNO



En apartadas tierras, y a orillas del precioso mar, vivía un hombre pescador llamado Pedro, en compañía de su esposa.

Pedro era de carácter apacible y bondadoso que pasaba el día entero con la caña en la mano sufriendo pacientemente los rigores del sol en verano y las inclemencias del tiempo en invierno, por llevar a casa una buena cantidad de pescado con que regalar a su esposa, mujer caprichosa y descontentadiza, que siempre tenía algo que decir del resultado del trabajo de su esposo.

Un día al tirar de la caña, vio que del mar salía un hermoso barbo.

Pedro con gran asombro del pescador, el barbo le dijo de esta manera:

—Te suplico que me dejes vivir, buen pescador. Yo no soy un pez cualquiera, sino un príncipe encantado, condenado a vivir en el fondo del mar hasta que termine el encantamiento. ¡Te ruego que me dejes!

Pedro era honrado, y de bondadoso carácter, así es que dijo al pez:

—Basta, no necesito tantas palabras para libertaros. Aunque no fueras un príncipe encantado os concedería la libertad, señor barbo; que un pez que sabe hablar merece nadar a su gusto.

Y, diciendo esto, quitó el anzuelo al animalito, el cual volvió al fondo del mar, dejando una estela de sangre.

Cuando Pedro regresó a su choza, refirió a su mujer cuando le había ocurrido con el pez, y cómo le devolvió la libertad.

—¿Y no le has pedido nada?—dijo ésta.

—¿Qué podía yo pedirle?—preguntó el buen Pedro.

—Podías haberle pedido que nos diese una casita mejor que nuestra humilde choza. ¿No es una vergüenza que vivamos aquí como unos miserables?

Pedro se resistió a satisfacer el capricho de su esposa. Pero tan impertinente se lo ordenó ésta, que bien a su pesar hubo de ir de nuevo a la playa, y cuando llegó a orillas del mar exclamó:

—Barbo, querido barbo, mi mujer, a pesar mío, quiere que le concedas una cosa.

A estas palabras el barbo asomó su cabeza por entre las olas y dijo:

—¿Qué quiere tu mujer, buen Pedro?

—Quiere habitar en una linda casita en lugar de la pobre cahucha que nos acobija.

—Concedido—dijo el barbo—. Vuelve a tu casa y veas realizado el deseo de tu esposa.

Después de dar las gracias

## CUENTO CON ILUSTRACION ANIMADA

al pez por su amabilidad. Pedro regresó a su casa y vio que, en efecto, en el lugar que ocupaba su choza se alzaba una casita blanca como la nieve, ante cuya puerta se veía un pequeño jardín, plácido y oloroso flores.

A la puerta de la linda casita le aguardaba, sonriendo su mujer, quien, al verle, gritó loca de contento:

—Ven, esposo mío, ven aprisa y veas qué hermosa casa! Tiene tres bellas habitaciones y una cocina con todo lo necesario y una bien provista despensa. Además, en el corralillo tenemos pollos, patos y una huerta con lechugas y hortalizas.

Durante quince días se dedicó su existencia en medio de la mayor felicidad. El pescador veía con satisfacción que su mujer ya no murmuraba y, viéndola dichosa, se consideró el más feliz de los mortales. Pero al decimosexto día la mujer del pescador se levantó de un humor de todos los diablos.

—¿Qué te pasa, mujer?—le preguntó Pedro.

—¿Qué quieres que me pase?—respondió su esposa—. Que ahora veo lo torpe que he sido al no pedir al barbo un rico palacio. Esta casa resulta muy pequeña; el jardín es como la palma de la mano y, sobre todo, lo que más me molesta son las escasas dimensiones de la cocina, en la que no se puede hacer ni una sola cosa.

—Pero ¿no decías que habías visto realizado el colmo de tus deseos?

—No sabía lo que me decía entonces—replicó medio llorando la mujer—. El príncipe encantado lo mismo te habría concedido un palacio que esta casita de muñecas. Así es que lo que debes hacer es ir ahora mismo a la playa y pedir que te la cambie por otra mejor.

El pobre pescador no tuvo fuerzas para resistir. Y si bien no tenía mucha confianza en que el barbo accediese esta vez a su pretensión, se encaminó a la playa.

Pedro permaneció a su orilla breves momentos indeciso. No sabía qué partido tomar, pues por un lado tenía las iras de su mujer y, por otra parte, temía disgustar al barbo con su petición. Pero pudo en sí más al pensar en el disfrute de la primera si no cumplía su mandato, y se dedicó, por fin, a llamar al

barbo. Así es que, con voz un tanto trémula, gritó:

—Barbo, querido barbo, mi mujer, a pesar mío, quiere que le concedas una cosa! Como la otra vez, el pez accedió presuroso a su llamamiento y sacando la cabeza del agua dijo:

—¿Qué es lo que quiere tu mujer, querido Pedro?

—Quiere que le cambies la casita por un palacio.

—Concedido—dijo el barbo—. Vuelve a tu casa y veas realizado el deseo de tu esposa.

Efectivamente, cuando llegó el buen pescador a su casa la encontró convertida en un palacio maravilloso.

Su mujer estaba radiante con un lujoso vestido de ricas sedas y pudiendo ordenar a una multitud de criados que iban y venían por las cámaras de la magnífica mansión.

—¿Serás tan contenta?—dijo el pescador a su mujer.

—Pero no voyas a creer que mucho, pues he pensado que aquí solo tengo mandado sobre estos criados, y en cambio, si fuese reina, tendría muchos vasallos que me rendían pleitesía.

—Pero, mujer...

—Además, que al barbo lo mismo le costaría. He sido una tonta no pensándolo antes. Anda, ve a la playa y pídeselo al barbo.

Y Pedro volvió de nuevo a la playa y llamó al barbo.

—Barbo, querido barbo! Igual que en las otras ocasiones, el pez saltó a la superficie:

—¿Qué es lo que tu mujer quiere, buen Pedro?

—Un disparate, seguramente se le ha puesto en la cabeza ser reina!

—Concedido—dijo el barbo—. Vuelve a tu casa y veas realizado el deseo de tu esposa.

Pedro quedó mudo de asombro. El esperaba que el barbo se indignara ante tanta pretensión y le negara la nueva gracia. Pero lejos de alterarse en lo más mínimo, le había concedido con la mayor naturalidad lo que pedía.

Su asombro no reconoció límites cuando vio a su esposa, sentada en un magnífico trono de oro y diamantes. En su rededor había infinita puerca corte de caballeros y lacayos que le rendían pleitesía.

tesía. Isabel vestía un magnífico traje de seda y su frente estaba circundada de una rica corona.

En cuanto al nuevo palacio era infinitamente más rico que el anterior y ocupaban gran extensión de terreno que habían de emplearse meses para recorrerlo en coche.

—Confío, mi querida, Isabel—dijo, aproximándose a su esposa—que ahora habrás realizado todos tus deseos, ya que no se puede aspirar a más.

—Te engañas—replicó ésta—: todo esto es muy agradable, no lo niego; pero hay algo mejor que ser reina, y no sé como no se me ha ocurrido antes.

Amanejó un día triste; uno de esos días grises en los que el sol no alegra la vida de los mortales, oculto entre espesos nubarrones. Esto puso de muy mal humor a Isabel, quien, llamando a su esposo, le dijo con tono desabrido:

—Las nubes me entristecen, esposo mío, y ahora salgo en que quisiera ser el Sol.

Pedro abrió un palmo de boca. A su mujer debía fallarle algún torlindo, pues semejante idea no se le puede ocurrir ni al que asó la manteca.

Isabel continuó, sin hacer caso del asombro de su esposo:

—Pero también pienso que no es necesario que sea el Sol; me conformaría con tener poder para hacer salir el Sol, la Luna y las estrellas.

¡Quiero mandar en el Universo!—replicó iracunda la ambiciosa mujer.

—Sin embargo—añadió Pedro—, mucho me temo que el poder del barbo no llegue a tanto, y creo que se va a enfadar ante tan insensata petición.

—¿Qué se va a enfadar! ¡Si le hubieses matado cuando le pescaste habría sido mucho peor para él! Ve en seguida.

Cuando llegó a la orilla, vio que una horrosa tormenta se desencadenaba en los mares. El viento soplabá con furia, levantando montañas de espuma, y el cielo se abría con frecuencia para dejar paso al rayo, que caía en el mar, produciendo un horrísono estruendo capaz de ahorrizar al más valiente.

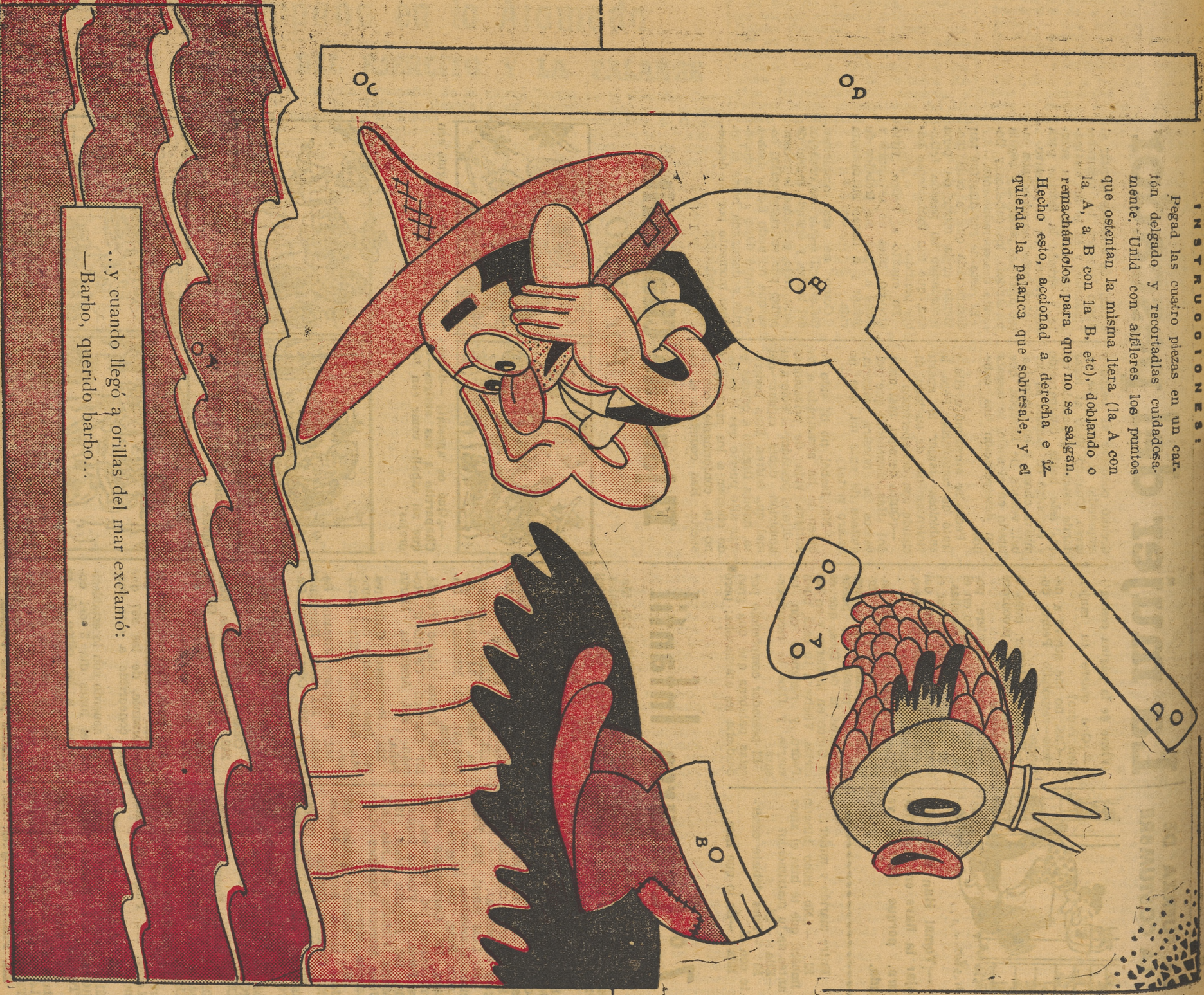
Sin grandes esperanzas de que pudiera ser oído por el pez, en medio de aquel horrible estruendo, comenzó a gritar:

—Barbo, mi querido barbo, mi mujer, a pesar mío, quiere que le concedas aún otra cosa!

En el acto apareció el pez, quien dijo:

(Continúa en la página 6)

INSTRUCCIONES:  
Pegad las cuatro piezas en un cartón delgado y recorridas cuidadosamente. Unid con alfileres los puntos que osientan la misma letra (la A con la A, a B con la B, etc), doblando o remachándolos para que no se salgan. Hecho esto, accionad a derecha e izquierda la palanca que sobresale, y el



...y cuando llegó a orillas del mar exclamó:  
—Barbo, querido barbo...